

Lo real, lo percibido y lo alucinado*¹

Claude Janin

Los niños, los hombres primitivos y los pintores saben que el mundo está poblado de quimeras: nubes, mares y montañas se interpretan, y sin esta actividad interpretativa, el estallido –improbable– de una percepción que se daría sin posibilidad de proyección/introyección sería tal vez engeguecedor: y ya que me refiero a los pintores, la corriente contemporánea del hiperrealismo permite tener una representación de lo que sería tal percepción, de su carácter engeguecedor; pero nuestra modernidad ha engendrado felizmente también pintores que se aproximan en sus capacidades anímicas, a los niños, a los hombres primitivos, y también, es necesario agregar, a los psicoanalistas. Es el caso de Paul Cézanne escribiendo que “La montaña Santa Victoria tiene hombros de mujer”...; y representándola así! Sin embargo, lo “perceptivo puro” está a veces en el centro de nuestra práctica: así, en 1987, interesándome en las metáforas empleadas por los psicoanalistas al trabajar sobre los interrogantes planteados por el concepto de “Traumatismo”, había notado la insistencia con que acudían a su pluma metáforas que connotaban la preeminencia de lo perceptivo –“lo caliente y lo frío”², lo “rojo”³, lo “brillante”⁴–, sobre lo representativo. Yo había evocado entonces algunas razones por las que eso podía ser así.

* Publicado en *Revue Française de Psychanalyse*, 1995.

¹ Este artículo retoma y enriquece mi intervención en el coloquio de la SPP del 25 y 26 de noviembre de 1994: “Poderes y límites del psicoanálisis”.

² C. Janin, *RFP*, 2/1985, p.667-677.

³ J. Schaeffer, “*Le rubis a horreur du rouge*”, en *RFP*, 3/1986, p.923-944.

⁴ J. Cournot, “*Effractions quantitatives*”, *Bulletin de la SPP*, 1987.

Una reflexión reciente de Jean-Luc Nancy me incita a retomar hoy esta cuestión: “En sentido estricto, lo prohibido de la representación es la prohibición judía, islámica, y en parte cristiana de representar a Dios, así como al hombre, imagen de Dios. Es la interdicción del ídolo a favor de la verdadera presencia invisible de lo divino. En ese sentido, y según toda una tradición moderna de interpretación, lo interdicto no es más que la prohibición de dar muerte: *lo prohibido de arrancar una presencia de su suelo natural o de su “secreto” esencial. La representación es mortífera y lo mortífero es representación: el crimen fija y cristaliza la presencia aniquilada*”⁵. Aunque se trate allí de una representación “icónica” y no de una representación psíquica, el psicoanalista no puede más que ser conducido, por esas líneas, a problemas planteados por la obra de Freud, cuya complejidad *actual* no ha terminado de desplegarse. Jean-Luc Nancy tiene el mérito de focalizar así nuestra atención sobre las relaciones que hay entre las cuestiones planteadas por el traumatismo, lo que la situación traumática contiene de “prohibida su representación”, y la problemática freudiana de “Duelo y Melancolía”, por la vía de la idea de la Representación como crimen, y su correlato: el crimen fijando y cristalizando la presencia aniquilada. No hemos terminado, en efecto, de meditar sobre el parágrafo relativo a “la sombra del objeto”⁶, en el cual Freud entiende “reconstruir el proceso” de la melancolía; en ese parágrafo encuentro dos puntos para subrayar:

1. Los términos con que Freud caracteriza la investidura de objeto como *poco resistente, suprimida*.⁷
2. El término mismo de *sombra del objeto*.

Y estos dos puntos, naturalmente, están ligados entre sí; este objeto –y la lectura misma del parágrafo nos convence de ello– no tiene status psíquico, interno, bien establecido; es a la vez –cito– “la persona amada”, el objeto real al cual el Yo del melancólico está fuertemente fijado, y el objeto provisto de características *psíquicas internas*, susceptible, en tanto tal, de un proceso psí-

⁵ *Le Monde*, martes 29 de marzo de 1994. El subrayado es mío.

⁶ *Metapsicología*, Gallimard, 1968, p.157-158.

⁷ El subrayado es mío.

quico de identificación. Este objeto tiene pues un status *límite*; si tanto he abogado por la transicionalidad del objeto del psicoanálisis⁸, me parece que es cuestión, en esas líneas, de otra cosa: la famosa expresión: “la sombra del objeto, ha caído sobre el Yo”, indica *a la vez* el status psíquico, interno, del objeto, y su ubicación particular en el Yo: para que el objeto pueda ser portador de una sombra, es necesario que esté a la vez *en* el Yo, y *no asimilado* por él: se lo puede representar como erigido en él, perteneciéndole, pero no confundido con él; la cuestión del Super Yo está presente naturalmente aquí, pero también en forma general está presente el problema de todos estos objetos “enquistados”, “incluidos” en el Yo, y seguros así de su inmortalidad. Esta inmortalidad es, si se piensa un instante, bastante singular desde que sólo la sombra del objeto da testimonio de la presencia de éste, aún cuando sea mantenido fuera del alcance psíquico, tan protegido del crimen que sólo el suicidio del melancólico puede alcanzarlo. Se ve así, con las resonancias platónicas aportadas por la referencia a la sombra del objeto, que aquello a lo que Freud se refiere —a juzgar por la manera de plantear la cuestión de la melancolía— es al status del objeto como resultante del asesinato imaginario de la cosa, en el sentido psicoanalítico de este concepto tomado de Heidegger por Lacan. Para decirlo simplemente, *la cosa es lo real del objeto, es decir, aquello que de él resiste a toda representación*.⁹ Por decirlo de otra manera, el objeto es el resultado y el producto de la alucinación negativa de la cosa.¹⁰ El resto, el residuo de esta operación tal vez sea lo dado a veces como pura percepción, con todo lo que podría tener de insoportable estallido: así, las metáforas perceptivas empleadas por los pacientes a propósito de sus experiencias traumáticas indicarían la marca dejada por la percepción y su estallido en la tentativa de introyectar esta experiencia traumática, mientras que las metáforas perceptivas de los psicoanalistas al evocar los análisis de esos mismos sujetos son para éstos la manera de dar

⁸ Sobre todo en “L’emplètement psychique”, en *La psychanalyse, questions pour demain*, PUF, col de “Monographies de la RFP”, 1990.

⁹ Se ve así que es el fracaso de ese crimen imaginario lo que causa el suicidio del melancólico, caso particular de “colapso tópico”.

¹⁰ Esto se refiere a la manera en que André Green ha descrito, en 1977, la función encuadrante de la alucinación negativa. CF. *Le travail du négatif*, Ed. de Minuit, 1993, p.376.

cuenta de las marcas que la imposibilidad del asesinato de la Cosa deja hasta en la modalidad de lenguaje de dichos sujetos. *La percepción vendría pues a ser la marca, en el interior mismo del Yo, del fracaso de la constitución psíquica de la experiencia, la cual, en su aspecto “seductor”, “real”, quedaría enclavada en él; desde este punto de vista, la “pura” percepción sería la alucinación.* Vayamos entonces a la manera en que los psicoanalistas ven esta cuestión de la realidad del mundo. Viderman emplea¹¹ una metáfora sumamente interesante, la de la perla, formada a partir de un grano de arena. Según él, el grano de arena, en psicoanálisis, es el suceso –o su marca– a partir del cual, y alrededor del cual, las fantasías van a desarrollarse, como las concreciones perlíferas lo hacen alrededor del grano de arena real. Yo estoy bastante de acuerdo con este punto de vista, pero es a partir de él que las cosas deben repensarse desde el punto de vista psicoanalítico. Querría recordar aquí lo escrito en un número anterior de la *RFP* respecto a ello: *“En efecto cada uno sabe que, para un grano de arena, el “devenir perla” es un destino al menos incierto: en el mundo hay más arena sobre las playas que collares en el cuello de las mujeres; uno puede legítimamente preguntarse si esta acotación no es igualmente válida para los acontecimientos que el ser humano es llevado a atravesar en el curso de su existencia: ¿cuántos serán Objeto de una inscripción, análoga a la introducción del grano de arena? ¿Cuántos, al contrario, serán llevados a rodar por las olas de la vida, es decir, irán a inscribirse en algún otro? En todo caso hace falta, me parece, admitir, al menos si amamos las perlas, que ese grano de arena del acontecimiento –o de su recuerdo– no es del todo insignificante, tanto si deviene perla –y para nosotros eso significa que se vuelve simbolizable–, como si permanece como simple grano de arena –y esto significa para nosotros: no simbolizado, no inscripto, o perdido– de todas maneras, ese grano de arena del acontecimiento tiene para el analista un rol fundamental; se trata de eso que yo llamo Nudo traumático de todo proceso psíquico”*; se habrá comprendido que, para mí, el nudo traumático del Yo es lo real de este objeto que está llamado a inscribirse psíquicamente, después de haber sido alucinado negativamente; esto tiene una consecuencia capital: todo objeto inscripto psíquicamente

¹¹ En *Le céleste et le sublunaire*, PUF.

camente contiene algo de lo real que es, según mi opinión, esta sombra del objeto de la que habló Freud; en el trauma psíquico según la segunda tópica (por desborde cuantitativo), se puede pensar que lo real se inscribe más masivamente aún, y la sombra que porta es entonces gigantesca. Jean-Luc Nancy atrae nuestra atención sobre los lazos conflictivos hasta la muerte entre lo Real del objeto y su Representación. Dos historias clínicas nos permitirán continuar explorando esta cuestión: la historia de M.B...., la primera, tiene que ver con la tentativa de “dar muerte a la representación”, y vale la pena contarla: rico e indiferente a todo según él, M.B...., que vive solo, no sale nunca de su casa y pasa sus días haciendo *puzzles*; es su única actividad, no le interesa nada ni nadie, de tal manera que uno puede representarse bastante bien lo que puede ser la desobjetalización en marcha. Para ser más preciso, los *puzzles* que hace M.B...., tienen un tema particular, ya que se trata de cuadros que representan al mar; son igualmente particulares en el sentido de que él mismo los ha pintado en el curso de sus numerosos viajes por los rincones del mundo; una de sus relaciones ha transformado cada una de sus acuarelas en un *puzzle* que, una vez reconstituido, sufre un tratamiento particular: enviada al mismo lugar en que fue pintada, la acuarela, despegada de su soporte y reconstituida según un procedimiento puesto a punto por otra de sus relaciones, es lavada en el agua del mar y M.B.... no guarda entonces de ella más que la hoja de papel virgen donde había sido pintada tantos años antes. Algunas personas habían tratado de apartar a M.B.... de la grandiosa vanidad de tal proyecto, al que se puede describir así: constituir una representación de lo Real, hacerle sufrir, con una pizca de omnipotencia y de sadismo, un tratamiento complejo que permite constatar que aún se puede disponer de ella después de haberla cortado en pedazos, y luego en un movimiento determinado borrar todo rastro de dicha representación; en vano: M.B.... había respondido –lo cito– “que él aceptaría el desafío, y (que) las acuarelas, como siempre, continuarían siendo transportadas a su lugar de origen para reencontrar allí la *blancura de su nada primitiva*”.¹² Sin duda, yo jamás habría oído hablar de ese complicado ritual si un grano de arena no se hubiera deslizado en su perfección: la última pieza del último *puzzle* no quiso coinci-

¹² El destacado es mío.

dir con el corte en el cual hubiera debido entrar: esta pieza tiene la forma de una “W” y el corte, en cambio, de una “X”. El lector atento habrá reconocido una de las historias de *La vida. Modo de empleo* de Georges Pérec, y habrá reconocido igualmente en esta pieza en forma de “W” otro libro de Pérec en el cual afirma: “Yo no tengo recuerdos de infancia”. Pérec, en la historia de M.B..., hace morir a éste en el momento en que constata esta no-coincidencia entre la pieza y el corte.

Esta historia habla por sí misma: es como el arquetipo de las dificultades tan bien descritas por André Green, y que el analista encuentra al abordar la cura de pacientes en los cuales la negatividad está en marcha; en esas curas, la desinvestidura, el blanco, son los que plantean las mayores dificultades al analista habitualmente más familiarizado con el conflicto ligado a la investidura, y con la represión. El blanco, el borramiento de la marca, necesitan un trabajo de entramado, de recreación de un espacio psíquico horadado por la desinvestidura. André Green subraya además “que la problemática existencial del sujeto, según la concepción psicoanalítica, es el conflicto fundamental entre la omnipotencia de la satisfacción absoluta (en el sadismo o el masoquismo, por ejemplo) y el renunciamiento en la sublimación, con el riesgo de desinvestidura que subyace al hecho de franquear toda dependencia... pagando el precio de *dar muerte al otro*”¹³.

La historia imaginada por Pérec muestra muy bien, desde este punto de vista, cómo la actividad de representar es de alguna manera subvertida en beneficio de la pulsión de muerte.

La segunda historia se sitúa, también, en los límites del psicoanálisis, y no puedo dar de ella más que los rasgos principales: fue hace muchos años, al comienzo de mi práctica profesional, cuando recibí a Octavio; este hombre de alrededor de treinta años, bastante extraño, no sabía nada de sus orígenes; había ido a consultar a una grafóloga porque había oído decir que “todo estaba en la escritura”. Había escuchado esta frase literalmente y no como una metáfora; tenía pues la esperanza de que la grafóloga “hubiera podido revelarle las cosas que ignoraba de sí mismo, y cuyas marcas hubiera retenido su escritura”. La grafóloga me lo había derivado, inquieta por este hombre que llevaba sus interro-

¹³ En *La travail du négatif*, p.248-249.

gantes hasta los límites mismos de su arte, en tanto tenía la idea de que su mundo interno podía condensarse en una marca material, motriz, arrojada sobre el papel; yo estaba un poco perplejo ante este hombre, emocionante en su búsqueda de sí mismo, pendiente de mi mirada, y al que aceptaba, no sin reticencias interiores, recibir frente a frente. Prudentemente al principio, y luego cada vez con más precisión, me hizo saber que siempre venía a verme armado con un revólver, porque tenía a menudo la idea de cometer un crimen perfecto; un día que él desplegaba una vez más esta idea le respondí: “No existe un crimen perfecto: siempre quedan rastros”. Eso me pareció muy reasegurador..., y a él también, ya que encontró una solución diferente, socialmente aceptable, a su obsesión, que era la existencia y la inaccesibilidad de un *insoportable hiato* entre lo incognoscible de sus orígenes y la filiación imaginaria que se había erigido; para él, esta supresión del hiato no estaba, como para el personaje de Pérec, del lado del borramiento de la representación, sino del lado del borramiento de lo Real, por medio del crimen perfecto, matando aquello que, en lo Real, podía representar la potencialidad de la representación.

La cuestión que vale la pena proponer es la siguiente: qué es lo que, en el desarrollo del *infans*, permite la inscripción de ese “grano” de arena que yo antes evocaba, inscripción que lo conducirá a investir su modo de existencia según esa relación subjetiva tan particular entre el mundo interno y el externo, ya que el antagonismo entre estos dos mundos sería tan difícil de resolver que sólo la idea de la muerte o del crimen daría cuenta de ello; esta idea, bastante hegeliana por otra parte, puede parecer sorprendente a primera vista, pero de hecho está presente en el campo psicoanalítico desde su origen: desde Freud, quien postula que el “Objeto nace en el odio”, hasta André Green que ha puesto en evidencia el rol organizador y también fundador de la alucinación negativa de la madre, permitiendo a esta última constituirse como “estructura encuadrante” que tiene un “rol de continente del espacio representativo”.¹⁴ Por su parte, René Roussillon, comentando el punto de vista de Winnicott sobre el objeto transicional, ha aportado un esclarecimiento totalmente convincente: “La realidad del objeto, para poder ser ‘encontrada’ (des-

¹⁴ Cf. *Narcissisme de vie; narcissisme de mort*, p.246-247.

cubierta, investida), debe poder ser destruida/encontrada”. Explicitemos esta “paradoja”. El objeto es encontrado como objeto externo si es destruido en la (fantasía) pero sobrevive a esta destructividad, es decir que, si es alcanzado por ella, queda sin embargo como algo permanente y estable, lo que se manifiesta por el hecho de no ejercer represalias sobre el sujeto, ni como réplica ni como abandono. El objeto debe pues ser a la vez alcanzado (destruido) y no destruido: alcanzado, para dar valor y realidad a la destructividad –reconocerla–, y no destruido para localizarla en el dominio de la vida psíquica. Ese es el sentido de sobrevivir.”¹⁵ Yo agrego que esta conflictualidad está presente en el mito de Edipo, en el momento en que éste se perfora los ojos.

“... El va al azar, pide que le demos una espada cortante, que le digamos dónde podría encontrar a su mujer, no su mujer sino aquella cuyo seno materno lo había a la vez puesto en el mundo, a él y a sus niños. Y en su furor, un dios, no sé cuál, la señaló, ya que no fue ninguno de nosotros, sus allegados. Entonces, dando un grito desgarrador, como si alguien lo hubiera guiado, se lanzó hacia la doble puerta... Allí, suspendida, percibimos a su esposa; el lazo trenzado la estrangulaba aún. Al verla, el desgraciado da horribles rugidos, desata el nudo que la tenía en el aire; ella cae al suelo, pobre mujer. Entonces vimos cosas atroces: Edipo arranca de sus vestidos los broches de oro con los cuales se había adornado, los toma, se hiere los ojos gritando que ellos ya no serían más testigos ni de sus desgracias ni de sus crímenes: ‘en la sombra desde ahora, decía, veréis a quienes no hubiérais debido ver jamás...’”

La representación eterna del cuerpo de Yocasta, erigida en el Yo de Edipo, se constituye así como crimen de la percepción, del exceso de percepción que su madre le había impuesto (cf. “Bastantes hombres han compartido en sueños el lecho de su madre”). Es interesante relacionar este episodio del mito: matar-perforarse los ojos-representarse, con la aserción de Freud según la cual “el objeto nace en el odio”: es aquí la puesta en ausencia del objeto real lo que le permite adquirir su status psíquico: Edipo perforándose los ojos realiza un verdadero *analogon* de la alucinación negativa.

Esta puesta en ausencia de lo Real, como condición de crea-

¹⁵ En *Paradoxes et situations limites de l'analyse*, p.121.

ción de lo psíquico, y su mismo fracaso, puesto que según mi opinión lo Real se inscribe en nosotros, bajo la forma de “sombra del objeto”, como “grano de arena” originario y necesario para el despliegue de la tópica interna, es sin duda uno de los elementos que hoy nos permite pensar el reciente fenómeno del desarrollo de las tecnologías ligadas al transporte y a la conservación de imágenes como residuo de las marcas que deja en nosotros ese momento fundador de la ausencia del objeto; es este punto de vista lo que subraya Jean Baudrillard en un reciente artículo¹⁶: “(No somos) ya capaces de afrontar la matriz simbólica de la ausencia, y es por ello que hoy estamos sumergidos en la ilusión inversa, el desencanto de la profusión, la ilusión moderna de la proliferación de las pantallas y de las imágenes”.

Por todas partes aparece *el furor de hacer que una imagen no sea más una imagen*¹⁷, es decir, justamente lo que sustrae una dimensión al mundo real e inaugura la potencia de la ilusión. Hoy, con todas las formas de *reality-show* y de realidad virtual, se¹⁸ quiere hacernos entrar en la imagen, en la pantalla, en un artefacto de tres dimensiones –lo vivido, llave en mano–, destruyendo así toda ilusión genérica de la imagen. El equivalente en el tiempo es el tiempo real, que pretende, con la velocidad de la luz, que es la de la información, instalarnos en una actualidad total, aboliendo toda ilusión tanto del pasado como del futuro... La imagen no puede imaginar lo real porque ella es lo real. No puede soñarlo porque ella es su realidad virtual. De pantalla en pantalla, no hay otro destino para la imagen que la imagen. Es como si las cosas se hubieran tragado al espejo y hubieran devenido transparentes de por sí, íntegramente presentes en sí mismas, a plena luz, en tiempo real, en una transcripción impecable. En lugar de estar ausentes de sí mismas en la ilusión y el secreto, no se inscriben más que sobre las miles de pantallas de las cuales tanto lo real como la imagen propiamente dicha, han desaparecido. La realidad ha sido apartada de la realidad y nos ha dejado en una hiperrealidad vacía de sentido... Pero, ¿adónde ha ido a parar la constelación del sentido?

¹⁶ “Le crime parfait”, en *Topique*, 1994, n° 53.

¹⁷ El destacado es mío.

¹⁸ ¿Quién es ese “se”, si no somos nosotros mismos, en el odio de la separación entre lo incognoscible de lo real y la ilusión, y en el deseo, animado por este mismo odio, de cumplir este crimen perfecto?

“El único suspenso que queda es el de saber hasta dónde el mundo puede desrealizarse antes de sucumbir a su escasez de realidad, o bien hasta dónde puede hiperrealizarse antes de sucumbir a su exceso de realidad (es decir cuando el mundo, devenido más verdadero que lo verdadero, caiga bajo el golpe de la simulación total).”

Se podría pensar que me sitúo en las antípodas del psicoanálisis interrogando así, con Baudrillard, esta suerte de “antología de la imagen”, en la cual la cuestión de la desrealización del mundo parece lancinante; sin embargo, en esta interrogación, Winnicott, como siempre, nos ha precedido: en un artículo de 1954-1955¹⁹ desarrolla la idea de manera fantaseada, el bebé tiene la impresión de que la apropiación psíquica del seno materno deja en él un vacío, un agujero que es necesario reparar.²⁰ ¿No estamos siempre capturados entre el deseo de tratar de reparar el entorno del crimen que suponemos haber cometido en nuestra tentativa de apropiarnos de él, y el intento de borrar las marcas de ese delito originario?

En mi opinión, es la posibilidad de subjetivación de esta cuestión la que, en la suspensión permitida por la cura, define los poderes del psicoanalista; es su imposibilidad la que traza los límites: esta cuestión, como se habrá comprendido, es más exactamente la cuestión del duelo.

RESUMEN

El autor desarrolla un punto de vista según el cual la percepción sellaría, en el interior mismo del Yo, el fracaso de la constitución psíquica de la experiencia, que en su aspecto “seductor”, “real”, permanecería encerrada en él; desde este punto de vista, la “pura” percepción, sería la alucinación. El autor relaciona esta concepción con las características que presiden la constitución del objeto y su duelo.

¹⁹ “La position dépressive dans le développement affectif normal”, en *De la pédiatrie à la psychanalyse*, Payot.

²⁰ *Ibid.*, p.158.

SUMMARY

The author develops an idea whereby, within the Ego, perception testifies to the failure of the psychic constitution of experience, that in its "real", "seductive" aspect remains enclosed within him. According to this point of view, "pure" perception is hallucination. The author puts this conception in relation with the main features governing the constitution of the object and its mourning.

RESUME

L'auteur développe un point de vue selon lequel la perception viendrait signifier, à l'intérieur même du Moi, l'échec de la constitution psychique de l'expérience, qui, dans son aspect "séducteur", "réel" resterait enclavée en lui; de ce point de vue, la "pure" perception serait l'hallucination. L'auteur met cette conception en relation avec les caractéristiques qui président à la constitution de l'objet et à son deuil.

Traducido por Ana C. Bisson.

Descriptores: Alucinación negativa. Duelo. Objeto. Realidad. Representación. Trauma.

Claude M. Janin
1 cours Gambetta
69003 Lyon
France